

61 IX



Heroínas Paceñas

POR

JULIO CÉSAR VALDÉS

JULES WALLS.

LA PAZ

—
1888.
—

Imprenta de "La Razon."

HEROINAS PACEÑAS.



Heroínas Paceñas.

«..... la mujer no está destinada exclusivamente a los cuidados de la vida doméstica y a brillar en la sociedad por la belleza y el lujo, sinó que bajo tan modestas apariencias tiene una misión providencial, superior a lo que es posible imaginar».

M. Omiste.

«La Página Literaria» paga hoy la deuda contraída ha tiempo con el público. Esa deuda se reducía a llenar el vacío que notamos en el preciosísimo trabajo del doctor Omiste, titulado «La influencia de

la mujer en la política de las naciones.» Cumplimos la promesa haciendo constar que, si el doctor Omiste hizo omisión en su galería de las mujeres sud-americanas que tomaron parte en las ideas de emancipación, de las heroínas paceñas, fué quizá porque no tuvo los datos necesarios para engalanar con los nombres de las célebres paceñas su trabajo literario-histórico; pero jamás por espíritu de pequeñez. Esto honra al doctor Omiste. Creemos que él aceptará la sinceridad de nuestra conducta, así como reconocemos la de él.

Principiamos.

La guerra heroica de los 15 años separa a los pueblos de América en dos grandes partidos políticos—los patriotas y los realistas. Los que, con los paceños en 1809, proclaman la independencia de las colonias españolas y los que, con las autoridades civiles y eclesiásti-

cas, defienden la corona de Fernando.

La gran lucha, produce una gran conmoción social: la separación de las castas. Los criollos comprenden que son dueños ántes que esclavos, que son iguales todos los hombres y que la gran farsa del dedo de Dios signando la frente de los reyes, cae deshecha ante la cruz niveladora de las razas. Las auras de la revolución de 1789 traen a América los gritos de la libertad y los himnos de la independencia.

La desigualdad se rompe.

Los partidos se apasionan de sus ideales.

Las familias se separan y se agrupan con sus afines.

Es el día de la gran nivelación social.

¿Qué papel cupo a la mujer en esta gran revolución?

Es lo que vamos a verlo.

La mujer posee un tino espe-

cial para conocer los hechos en su punto verdadero de vista y, apesar de su carácter superficial, mide el fondo las cosas, con tal precisión que causa asombro.

La mujer pacaña comprendió que se acercaba el *dies irae* de América, vió a través de los tiempos la patria libre, pensó en sus hijos esclavos, contempló los amargos dias de la servidumbre y se apasionó de la causa liberal y alentó al esposo con valor sobrehumano a abrazar la bandera de la Patria y morir defendiéndola.

Si en el hombre fué deber el patriotismo, en la mujer fué pasión; pasión que rayaba en lo sublime y convertia la natural timidez del sexo en energia varonil.

¡Soi patriota!—esclamaba sacudiendo la saya y empinándose orgullosa cuando tropezaba con una realista. Y si la realista hacia mueca de desdén, ella traia a sus lábios la sonrisa de la más cruel ironía.

En el club arengaba como un ateniense, en el campo de batalla tenía el aplomo de Juana de Arco, en la desgracia la resignación de Job, y en el templo la fé de los cristianos de las catacumbas.

Vaso de todas las virtudes, fuente de todos los sentimientos, espejo de todas las ideas, la mujer americana, en todos los tiempos, guía el carro del progreso y señala al hombre la ruta del porvenir.
¡Bendigámosla mil veces!

19
—
Estamos frente a las escenas del 26 de enero de 1810.

Una mujer enlutada, seguida de dos tiernos niños, se presenta ante Goyeneche.

Gran dolor sufre su corazón, pero está serena; inmenso vacío se prepara para su hogar, pero no desespera; lucha cruel sostiene su alma, pero domina sus impresiones. Está sufriendo una gran crí-

sis, pero lleva el signo de la resignación en su frente.

— Señor, le dice al tirano, salva la vida de mi esposo por piedad a estos niños.

— No, responde soberbio Goyeneche.

La matrona clava mirada de ódio en la turbada faz del déspota y repite en tono solemne:

—Caiga la sangre de Gregorio García Lanza sobre tu frente.

Y sale.

Hay en esta escena algo de la entereza de Cornelia y algo del valor sublime de María Antonieta.

Cuando el día declinaba, en ese solemne momento de eterna melancolía, la misma mujer y un fraile sacaban, casi arrastrado, un cuerpo humano con sigilo y precaución del palacio de Goyeneche.

Los dos misteriosos personajes se dirijieron al templo de San Francisco. El fraile comenzó a

abrir un hoyo al pié del altar de San Antonio, miéntras la mujer, con las manos plegadas oraba. Habia en la espresión de esa mártir un sublime remedo de la Madre de Dios en la cumbre del Gólgota. El dolor la habia agobiado, la oracion la transfiguraba. Antes de entrar al templo dudaba de todo, en el templo comenzaba a creer. La fé le aliviaba de la pesada cruz.

El fraile acabó su tarea y la mujer descubriendo el rostro del cadáver le dió un beso en los yertos lábios y cayó desmayada.

El cuerpo descendió al hoyo con un ruido sordo, el fraile repitió un responso y echó tierra en seguida.

¡Así sencillo fué el entierro de uno de los más ilustres promártires de la independencia americana!

Ya habria calculado el lector que esta valerosa mujer era la señora *Manuela Cámpos y Seminario*, es-

posa de don Gregorio García Lauza, hija del señor General don Antonio Cármos, corregidor y justicia mayor de la Provincia de Pacájes, Teniente de Capitan General y Alcalde Mayor de Minas y Registros y sobrina del Ilmo. y Dignísimo Obispo de La Paz, don Gregorio García de Cármos.

Esta ilustre pacaña trabajó por la libertad desde que ésta se inició en América, sacrificó reposo, fortuna, salud y vida por la santa causa de la independencia.

Muchas otras, como ésta, sufrieron destierros y persecuciones por la libertad.

Citaremos aquí, de paso, a doña *Manuela Sagárnaga de Valdés*, hermana del protomártir don Juan Bautista de Sagárnaga. Fué hija de don Manuel de Sagárnaga y doña María Carrasco y Durán. Propuso a Goyeneche una considerable suma en rescate de la vida de su hermano y de la libertad de su esposo el doctor don

José Mariano Valdés, consiguió arrancar de la prisión al doctor Valdés; pero al mismo tiempo sufrió el terrible dolor, de ver ejecutar a su hermano con los cabezallas de la revolución, despues de que Goyeneche le prometió no hacerlo así, en cambio de cierta suma de dinero que recibió. Esta notable pazeña ha sufrido un destierro y ha pagado muchas multas por el delito de ser patriota.

Hemos llegado a 1816.

Hallábase en esa época La Paz sujeta al gobierno sanguinario de Ricafort.

La crueldad tambien deja su huella imperecedera en el mundo; tiene tambien su lugar en la inmortalidad. Ricafort vivirá en la historia, para recordar a los pueblos, como lección elocuente, que jamás se debe dejar robustecer la tiranía ni crecer la injusticia.

Hidrópico de sangre se presenta Ricafort en La Paz—como un

chacal hambriento. El grito de perdón de las víctimas no conmueve su corazón. «No he de dejar en La Paz más tesoros que lágrimas» —dice, y con furor satánico se consagra al exterminio. En su corta permanencia en esta ciudad roba al pueblo medio millón de pesos, con el procedimiento fácil de la horca. Jamás la historia ha registrado hechos de mayor ferocidad. Atila mismo tiene rasgos de sublime humanidad y los bárbaros cediendo a las palabras del papa Leon, ofrecen al mundo ejemplo de docilidad y nobleza de carácter. Pero Ricafort no cede. El día que la horca descansa es día de luto para él. Cuando no huele sangre sufre una especie de nostalgia.

¿Podrían escaparse las mujeres de las garras de este monstruo?

Nó.

Entre las innumerables sentencias que se ejecutaron en esta

época, tenemos conocimiento de éstas (1):

Simona Manzaneda.—Esta fué afrentada y pelada públicamente «como un melon» (dice el autógrafa), paseada a burro y azotada en las cuatro esquinas de la plaza.

Esta era mujer del pueblo, se le llamaba *la jubonera*, tenía gran ascendiente entre la cholada y trabajaba ardientemente por la libertad. Era un excelente auxiliar para los revolucionarios; penetraba a los cuarteles y llevaba las instrucciones cuidadosamente escondidas en las precillas de la pollera; formaba clubs y mantenía el fuego bélico en los corazones de los cholos; negociaba armas y municiones; no dormía ni descansaba nunca..... El 16 lanzó al pueblo a la revuelta en Santa Bárbara.

(1) El autógrafa se conserva en la Biblioteca Americana de don Nicolás Acosta.

Y bien. ¿Qué impulso misterio, que voz sobrehumana, que voluntad incomprendible dirigía los pasos de esta mujer ruda, ignorante, pobre, desvalida? Hai que confesar que la Libertad es algo divino que se cierne sobre todos los espíritus, que alumbrá todas las inteligencias y vibra la cuerda del sentimiento en todos los corazones.

Ramona Zinosaien y Paliza, fué condenada a clausura perpétua de la ciudad.

Ursula Goizueta, condenada a ser paseada por las calles, rapada y atada el resto del día al palo de una horca.

Esta jóven heroína fué compañera de doña Vicenta Egnino, tenía espíritu varonil, alma grande y energía sobrenatural. Soportó los castigos con orgullo, contribuyó en gran parte, con sus demás compañeras, al ensanchamiento de los trabajos revolucionarios y fué una especie de ves-

tal, que tenía por misión mantener siempre ardiendo la tea del candillo paceño de 1810.

Hemos estampado el nombre de doña *Vicenta Eguino*, una de las mujeres que figuran en las sentencias mandadas ejecutar por Ricafort. Fué condenada a seis mil pesos de multa y destierro de La Paz.

Desde el año nueve viene marcándose clara y distintamente la silueta de esta célebre paceña. Nació en 1784. Sus padres fueron don Francisco Javier Juariste de Eguino, noble de España y doña Magdalena Medina, perteneciente a una de las mas notables familias de La Paz. Conocidas por demás son las hazañas de esta heroína, por lo que no haremos sinó una especie de resúmen de lo más culminante de su vida. En 1809, comenzó a trabajar en favor de la causa liberal, arrendando a los soldados y hablando al pueblo a nombre de la

libertad. ¡Mejor representante no podía encontrar la causa santa de la democracia! Derrotada en Chacaltaya la primera tentativa revolucionaria, vino inmediatamente la ejecución de los cabecillas y la persecución de todos los que, directa o indirectamente, habían tomado cartas en la revuelta. La Eguino tuvo que seguir la suerte de los demás patriotas. Solo después de la destitución de Goyeneche volvió a La Paz, pagando cierta suma de dinero que le impuso Ramírez para vestir a un batallón de la Reina (J. Vidal — Biografía de doña Vicenta Eguino — papel suelto). No escarmentó con estos primeros contratiempos y reanudó con mayor ahínco sus trabajos políticos. El año once arribó a esta ciudad el ejército argentino a cuya cabeza se hallaba Díaz Vélez. Entre los oficiales venía su hermano Pedro y cuando el ejército salió al combate halló brillante ocasión

para animarlo con sus palabras. «Vengo a daros un abrazo de despedida, dijo, y ofreceros mi eterna gratitud, y recompensaros dignamente, si jurais defender la bandera tricolor símbolo de la libertad de esta patria querida». (Biografía citada). Cuando este ejército fué derrotado en Guaquí, la patriota tuvo otra vez que tomar el bordon del peregrino. Levantó, sin embargo, la indiada en Sapahaquí, ejecutó acciones de valor y salvó a Caracato de una sangrienta hecatombe. En 1814 ayudó poderosamente a Pinela a tomar la ciudad y rendir la soberbia de Baldeoyos. Esta acción, como otras muchas, tuvo brillo pasajero y la reacción se manifestó terrible y sangrienta. La señora Eguino fue denunciada como una de las más entusiastas propagandistas del ódio contra la dominación española. Fué sentenciada a muerte y después de muchas apelaciones y un

sin número de súplicas de personas influyentes salvó la vida. La insigne heroína sufrió con resignación verdadera los ultrajes en la prisión y escuchó con admirable sangre fría la sentencia de muerte. Ya conocemos la pena que le cupo en las crueles ajusticiadas del año diez y seis. Después de tantas fatigas y penalidades para los defensores de la libertad, vino para América el día de su completa redención. Bolívar y Sucre pusieron el sello de la independencia y los pueblos respiraron el aura bienhechora de la libertad. Calcúlese cuán grande sería el regocijo de la patriota Eguino al contemplar, después de quince años, la patria libre. Cuando Bolívar visitó La Paz en 1825, este pueblo generador de la revolución, le preparó un solemne recibimiento. En el puente de Coscochaca se colocó una elegante portada: doce ninfas custodiaban la entrada de La Paz. Llegó Bo-

lívar, le abrió con llave de oro la puerta doña Vicenta Eguino y le pronunció en seguida un brillante discurso, vehemente y tierno a la vez. Esto nos recuerda algo de las ceremonias romanas cuando, en las grandes solemnidades, se abría el famoso templo de Jano. Pasados éstos acontecimientos se entregó doña Vicenta a la vida doméstica, perdida su fortuna y quebrantada su salud, pero recibiendo, en cambio, la profunda estimación de su pueblo. Murió el 14 de marzo de 1857. En su entierro se le hicieron honores militares.

Tal fué la vida de esta mujer célebre, de la cual ha dicho uno de sus apologistas que—«si no era docta como la baronesa de Staël, tenía el corazón de Juñit o de Carlota Corday».

Sin gran tiempo de que disponer y olvidando quizá muchos

nombres también ilustres, ponemos fin a estos renglones

La Patria debe un recuerdo de gratitud a estas ilustres mujeres que, en los momentos más solemnes de su vida política, supieron prestarle poderoso contingente.

Inscribir sus nombres en la galería de las mujeres célebres de Sud-América es acto de justicia.

Pedimos que así se haga en nombre de esa misma justicia.

La Paz, julio de 1888.

